

ÉTICA Y MUNDO CONTEMPORANEO

Podemos decir que surge una cultura cuando el saber y el quehacer de una época o de un pueblo se estructuran en torno a una intuición que los configura como saber y quehacer "para" algo. Esa intuición crea, por sobre el mundo natural, un mundo humano y éste es, esencialmente, un mundo dotado de sentido.

¿Qué es el sentido? En el significado que ahora nos ocupa, sentido es razón de ser, finalidad. Supone, por lo tanto, dirección, orientación y, consecuentemente, puntos de referencia. Así, en el espacio, para orientarnos y movernos con sentido, requerimos de un delante y un atrás, de un arriba y un abajo, sin los cuales la ubicación sería indeterminable. Es el tiempo, requerimos de un pasado y un futuro, sin los cuales el presente se desintegraría, perdiendo su consistencia. En el actuar humano en su conjunto, en ese comportamiento nuestro que se desenvuelve en el tiempo y en el espacio, pero que no se agota en ellos, requerimos valores que actúen como puntos de referencia, sin los cuales ese actuar carecería de motivación y, por lo tanto, de racionalidad.

Ahora bien, disponemos de instrumentos técnicos que nos permiten cuantificar las referencias espaciotemporales y enmarcar las apreciaciones correspondientes con una perfecta objetividad. Carecemos, en cambio, de medios para cuantificar las referencias valóricas, lo que nos impide revestir las apreciaciones de la misma objetividad que en el caso anterior, sin que por ello dichas apreciaciones dejen de ser indispensables para la racionalidad de la conducta incluso en sus aspectos netamente espaciotemporales.

Esta consideración misma parecería estarnos indicando los dos ámbitos indispensables que debería abarcar la investigación sistemática: lo espaciotemporal cuantificable, ámbito innegable de la ciencia experimental, y lo valórico no cuantificable, que de no asumirlo la filosofía, ¿a qué otra disciplina podría corresponder?

La ciencia experimental y su derivación, la técnica, han demostrado su eficacia en el campo que les corresponde por derecho. ¿Qué sucede, en cambio, en el ámbito de las referencias valóricas?

Nuestra civilización es, esencialmente, por su avanzado desarrollo tecnológico, una civilización de los medios, de los instrumentos. Gran parte de nuestra cultura funciona, así, en torno a lo que podríamos llamar "valores intermedios" o "valores útiles". Ahora bien, lo que otorga a este tipo de valores su carácter

de tales es, justamente, su ser "útiles", vale decir, su ser "medios" para algo, para un fin.

Cae de suyo, por lo tanto, que una civilización como la nuestra, masivamente productora de medios, debería tener muy claramente especificados los valores superiores que fundamentarían el valor de utilidad de esos medios. Pero esto es, precisamente, aquello de lo que nuestra cultura carece. El despliegue de medios es tal, que éstos parecen haber desplazado a los fines, constituyéndose ellos mismos como tales.

En concordancia con este carácter tecnológico de nuestra civilización el conocimiento mismo ha ido adquiriendo paulatinamente una tendencia cada vez más instrumental. Todos sabemos hasta qué punto el concepto de Universidad es hoy motivo de polémica, no sólo en nuestro país y en nuestro continente, sino a nivel mundial. El desarrollo científico-tecnológico pareciera imponer una formación profesionalizante que, a criterio de muchos, contradice la necesaria universalidad que constituiría la esencia del quehacer universitario. Las tecnologías desplazan a las humanidades, el especialista, experto en su campo de actividad, pero ajeno a los valores fundamentales de la cultura, se perfila como un peligro para lo auténticamente humano.

Este avanzado desarrollo tecnológico, por otra parte, ha hecho de la humanidad un solo cuerpo y del planeta una sola morada, en los que un acontecimiento cualquiera, en cualquier punto que aparezca, tiene innumerables repercusiones instantáneas sobre la estabilidad del conjunto. Sin embargo, creo que es necesario que me esfuerce en demostrarlo, se trata de un cuerpo todavía sin alma y de una morada que aún no se configura en hogar, porque carecen del sentido inspirador que los vivifique.

Ante esta situación podríamos, quizás, considerar la crisis de la Universidad contemporánea como un símbolo. La postergación de las humanidades en ella, no sería sino el reflejo de la deshumanización progresiva de una cultura que se mueve en el círculo de una utilidad desquiciada. Porque al no ser entendido lo útil en nuestra civilización como medio para un fin más alto, para un valor no ya útil, sino valioso en sí mismo, esa civilización pierde su racionalidad y se desintegra en el caos de la búsqueda desenfrenada de los medios para nada.

Si aceptáramos este planteamiento como válido, estaríamos afirmando que la raíz de la crisis de nuestra cultura reside en su carencia de valores directrices capaces de estructurarla en una cosmovisión dotada de sentido. Paralelamente, estaríamos afirmando que la postergación de las humanidades en la Universidad contemporánea, al ser símbolo y reflejo de la deshumanización de esa cultura, constituye un problema que, yendo más allá de la Universidad misma pone de manifiesto la falta de vigencia de las humanidades dentro del saber y del quehacer

de la humanidad actual. El remedio para esta postergación, si lo hay, debe, pues, surgir de la humanidades mismas.

Ahora bien, ¿por qué esta falta de vigencia? Creo que estaremos de acuerdo en que la filosofía ha constituido siempre el alma de las humanidades y que, por lo tanto, si éstas parecen haberse eclipsado en el horizonte de lo que interesa al hombre de hoy, debemos dirigir la mirada hacia aquélla para tratar de detectar allí el problema. ¿Qué ha sucedido con la filosofía en nuestra cultura? ¿Está ella eficazmente presente en el saber y en el quehacer de nuestra época?

Me parece que, con dolor, tendríamos que responder negativamente a esta última pregunta. Si, en seguida, nos interrogamos con respecto al por qué de esta ausencia y observamos la realidad cultural contemporánea, descubriremos dos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, que parecieran apuntar solamente hacia la respuesta que buscamos: 1) La instrumentalización del conocimiento, propia de la civilización científico-tecnológica, que destaca el carácter supuestamente inútil de la filosofía. En efecto, ella no sirve casi como instrumento para ganarse la vida, para alcanzar un buen status socioeconómico, por una parte, y por otra, la investigación filosófica no abrirá jamás nuevos campos de aplicación tecnológica. Así, desde el punto de vista de la instrumentalidad mencionada, la filosofía aparece como una especulación ociosa, con lo que queda marginada de los intereses contemporáneos; 2) La auto-reclusión de la filosofía misma que, aparentemente avergonzada de su "inutilidad" en medio de la civilización de los instrumentos, se ha retirado a un ámbito propio, ajeno a un mundo al que, se diría, no tiene nada que aportar. En esta forma ha surgido, por la acción conjunta de estos dos factores que, creemos, se condicionan mutuamente, un abismo entre la realidad contemporánea y el pensamiento que debería pensarla para estructurar su saber en auténtica cultura.

Frente a esta situación nos atrevemos a sugerir una hipótesis explicativa: la filosofía contemporánea no ha sabido detectar el campo en el que su investigación tendría máxima vigencia para esa misma civilización científico-tecnológica, instrumentalizadora del conocimiento. Y este campo sería, precisamente, el de las referencias valóricas. Su investigación tendría en dicho campo máxima vigencia porque, si la raíz de la crisis de nuestra cultura reside en la carencia de valores directrices que impriman sentido a la instrumentalidad, tal investigación respondería a la más apremiante necesidad de dicha cultura, necesidad que se hace presente, incluso, desde la ciencia y la técnica mismas.

No creemos que sea ésta la única tarea de la filosofía; creemos sí, que hoy es una de las más urgentes; que, posiblemente, sea la única que pueda superar el desplazamiento de la filosofía de entre los intereses del hombre contemporáneo y remediar la postergación de las humanidades en la formación de la juventud actual.

No creemos, tampoco, que sea legítimo esperar que de un congreso, por excelente que sea el trabajo en él realizado, puedan surgir las soluciones a los problemas planteados. Confiamos, en cambio, en que del diálogo filosófico y de la reflexión conjunta puedan nacer inquietudes que abran el camino a la investigación en este campo.

No creemos, por otra parte, que la filosofía por sí misma, o por sí sola, vaya a salvar a nuestra cultura. Sabemos bien que nuestra disciplina no está llamada a crear o a imponer valores; que lo único que ella puede hacer al respecto es descubrirlos cuando están implícitos en el horizonte o en las ansias de los pueblos, para explicitar racionalmente esas intuiciones tras un arduo proceso de fundamentación y crítica. Creemos, sin embargo, que si la filosofía, fiel a su tradición, reconoce su raíz en la capacidad de asombro ante el enigma presentado a la conciencia por lo real, debe hoy asumir, preferentemente, esta investigación. Porque constituyendo el ámbito de las referencias valóricas el núcleo mismo del actuar humano, dicho ámbito representa el verdadero enigma dentro de una cultura que se desintegra por su carencia de sentido.